

NUEVOS DIOSSES, NUEVOS CULTOS, NUEVAS HEREJÍAS

GABINO URÍBARRI BILBAO, SJ*

Fecha de recepción: 20 de enero de 2025

Fecha de aceptación y versión final: 25 de enero de 2025

RESUMEN

El texto aborda las herejías modernas y las deformaciones de la fe cristiana, señalando cómo ciertos valores contemporáneos –como el culto al sexo, el cuerpo, el individualismo, la subjetividad, la ciencia y la naturaleza– se convierten en «dioses» alternativos. Estos valores, presentados como promesas de realización personal o bienestar, distorsionan la revelación cristiana y la enseñanza eclesial. Se destaca la necesidad de discernir la verdadera fe de estas desviaciones, recordando que solo el Dios revelado en Jesucristo ofrece auténtica salvación. El texto subraya la importancia de la mediación de la Iglesia en la interpretación y transmisión de la fe.

PALABRAS CLAVE: revelación, Iglesia, salvación, ídolos.

NEW GODS, NEW CULTS, NEW HERESIES

ABSTRACT

This text deals with modern heresies and the warping of the Christian faith, noting how certain modern values—such as the cult of sex, the body, individualism, subjectivity, science and nature—have become alternative ‘gods’. These values, presented as promises of personal fulfilment or well-being, distort Christian revelation and church teaching. It stresses the need to discern true faith from these deviations, recalling that only the God revealed through Jesus Christ can offer true

* Profesor de Teología. Universidad Pontificia Comillas. guribarri@comillas.edu

salvation. The text underlines the importance of the Church as an intermediary in the interpretation and transmission of faith.

KEYWORDS: revelation, Church, salvation, idols.

1. Jesús: acusado de «blasfemo» (Mc 14,64 y par.)

El ministerio de Jesús estuvo acompañado por un conflicto teológico sobre el verdadero rostro de Dios (Padre), su voluntad más auténtica (la Ley) y el culto que más le agrada (el Templo y su sistema sacrificial). Se dio un disenso entre Jesús y los fariseos que cristalizó en la crítica acerba a la costumbre de Jesús de comer con los pecadores (ej.: Mc 2,26; Lc 15,2) o saltarse la observancia sabática para realizar curaciones (ej. Mc 3,6; cf. Mc 2,24). Mientras que Juan el Bautista y sus discípulos ayunaban (Mc 2,18), a Jesús le acusaron de comilón y borracho (Mt 11,19). Según los saduceos no habría resurrección de los muertos (Mc 12,18). Jesús, en línea con los fariseos, defendió lo contrario (Mc 12,24-27).

Estos disensos en temas de fondo, que tienen que ver con la imagen de Dios y su traducción en la vida práctica, no terminaron con la muerte de Jesús, acusado de blasfemo (Mc 14,64 y par.) y falso profeta (Mt 27,63; Jn 7,12.47). Pablo discutió no solo con los judíos en las sinagogas (Hch 17,2). También denunció algunas posturas que circularon en la comunidad cristiana calificando a sus propugnadores como «pseudo» (2Cor 11,13) o «súper» apóstoles (2Cor 11,5). En la asamblea de Jerusalén se hubo de clarificar de una vez para siempre si para ser cristiano era imprescindible seguir practicando la circuncisión o no (Hch 15). En la primera carta y en el evangelio de Juan se perciben puntadas contra el gnosticismo: una comprensión que menosprecia la carne y, al hacerlo, distorsiona gravemente el modo de entender la encarnación (Jn 1,14; 1Jn 4,2-3).

En resumidas cuentas: a la fe cristiana le ha acompañado desde el mismísimo Jesús la necesidad de discernir lo que pertenece a su verdad de las adherencias que, bajo capa de bien (2Cor 11,14-15), aspiran tramposamente a formar parte de ella. Es un ejercicio necesario y saludable, pues ayuda

a mantenerse en el espacio de holgura de una fe sana, fiel al Señor, que es la que realmente humaniza, sana y salva. En esta línea, continúo y amplío reflexiones anteriores¹, para detectar dioses y cultos, que, generando desviaciones de la fe, ensombrecen y entorpecen el contacto refrescante con el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. El papa Francisco, de diversos modos, alude a distorsiones de la fe, que nos alejan de Jesucristo, nos engañan y adormecen, como son el gnosticismo y el pelagianismo² (EG 94; GE 36; 47-48). Pues la herejía, en el sentido que se le dio en los primeros siglos, se refiere a una opción personal en contradicción con la sustancia de la verdadera fe eclesial³. Yo me voy a referir, sin ánimo de exhaustividad, a ciertos dioses, muy presentes en nuestra sociedad, que también se nos cuelan a modo de deformaciones de la fe en la comunidad cristiana. Estos dioses generan su demanda correspondiente de culto y prácticas culturales. Expresan una concepción de la persona humana y de lo bueno, acabado, perfecto, deseable; en una palabra, del Bien supremo. Por eso, en su lógica última reflejan una concepción de Dios.

2. Nuevos dioses, nuevos cultos

2.1. *El dios sexo*

Una vida sin relaciones sexuales satisfactorias no es ni puede ser una vida lograda. Este axioma reina sin apenas cuestionamiento en nuestra sociedad y se difunde potentemente con todas sus ramificaciones. Aunque se dan muchas gradaciones dentro de este axioma, la máxima de la bondad

-
1. G. URÍBARRI, «Tres cristianismos insuficientes: emocional, ético y de autorrealización»: *Sal Terrae* 91 (2003), 269-282; *La singular humanidad de Jesucristo*, San Pablo – U.P. Comillas 2013²; *La mística de Jesús: desafío y propuesta*, Sal Terrae, Santander 2017²; *La plena humanidad de Jesucristo*, BAC, Madrid 2022.
 2. Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE FE, «Carta *Placuit Deo*» (22 de febrero de 2018): *Acta Apostolicae Sedis* 110,3 (2018), 427-436; A. CORDOVILLA, «La carta “Placuit Deo”, sobre la salvación cristiana. Contenido y recepción»: *Almeriensis* 11,2 (2018), 333-352.
 3. Cf. M. FIEDROWICZ, *Theologie der Kirchenväter*, Herder, Freiburg 2010², 365-437.

y conveniencia de una vida sexual activa circula con gran aceptación, bajo modalidades diversas. Como síntoma, el conocido programa de televisión «First dates» (primeras citas), que lleva nueve temporadas en antena y se emite tres días por semana, pregona sus bondades, especialmente cuando los protagonistas son más jóvenes. Las relaciones extra-matrimoniales se practican con normalidad a partir de la adolescencia en amplias capas de la población como algo lógico y normal. El acceso a la pornografía entre los adolescentes o, incluso, los niños ya es un problema grave en la educación sexual. En nuestra sociedad se dan con toda normalidad parejas de hecho, parejas del mismo sexo, segundas y terceras uniones. Ha entrado en el discurso social vocablos como «relaciones fluidas» o «poliamor» y se ha difundido la concepción de la existencia de diversas orientaciones sexuales, más allá del par binario masculino-femenino, que ya no aparece así en muchos formularios oficiales bajo la pregunta sobre el sexo. No forma parte de los consensos sociales que la vida sexual activa se haya de inscribir dentro de una relación de pareja heterosexual estable con sanción jurídica y compromiso de fidelidad y exclusividad.

El dios sexo, que promete tanto bienestar y logro personal, por satisfacer una dimensión esencialísima de la persona humana, exige prácticas y ejercicios, que se le tributan afanosamente. También obliga a un autodiagnóstico consciente: ¿me satisface mi vida sexual? ¿Qué dice de mí mismo, mi felicidad y mi logro una carencia notable en este campo?

En este ámbito, la Iglesia no solo ha perdido, primero, el monopolio y, segundo, la capacidad y para establecer los criterios de lo bueno y lo lícito. En muchos ambientes no sólo se la ignora por completo, sino que, tercero, se la ridiculiza. Sin llegar a esos extremos, muchas capas de población que se identifica como católica vive y enfoca su vida sexual completamente al margen de la doctrina oficial de la Iglesia al respecto. Los párrocos reciben parejas para casarse por la Iglesia que practican habitualmente las relaciones sexuales completas o ya conviven desde hace años, a veces con hijos. Al bautismo y a las primeras comuniones llegan infantes de parejas de hecho y de parejas homosexuales, que han tenido hijos por medios ilegítimos según la moral eclesial. A todo ello hay que sumar los divorciados vueltos a casar que frecuentan los sacramentos.

Todo esto pone de manifiesto que la vida sexual se ha declarado de facto y de iure «zona liberada» de la doctrina eclesial. Aquí reside la herejía. La fe cristiana, normativamente interpretada por la comunidad y promulgada por el magisterio, no tendría ninguna autoridad sobre el comportamiento sexual en general, menos sobre «mi» comportamiento sexual, que se rige según mis propios criterios, acomodados a mi situación. Esta convicción ampliamente asentada va en contra de la enseñanza de Jesús, que, sin obsesionarse con la dimensión sexual, no la excluye de su enseñanza (cf. Mt 5,27-32; 19,3-12; Mc 10,1-12), como tampoco lo hicieron los apóstoles (ej. 1Cor 7; Ef 5,21-32). Ahora bien, el punto nodal no es ya si lo que la Iglesia dice está bien o mal, si se ha de corregir o aplicar con menor o mayor amplitud pastoral (*Amoris laetitia*, *Fiducia supplicans*), sino en que en este terreno la interpretación eclesial de la fe no goza de ninguna autoridad vinculante.

2.2. *El dios cuerpo*

Los anuncios de cremas, de alimentos, de perfumes, de moda invaden los espacios de publicidad. El número de gimnasios en las ciudades ha crecido exponencialmente en los últimos cuarenta años. Nuestro cuerpo nos define, nos identifica. Un buen cuerpo, esto es: joven, bello, fuerte, sano, delgado aparece como promesa de felicidad, de realización personal. Es un sueño máximamente deseable. De muchas y diversas maneras se exalta el cuerpo y se le sirve: con dietas de todo tipo, con ejercicios físicos y de relajación, con tratamientos y cuidados, con operaciones estéticas, con fotos y «selfies» que se suben a las redes sociales compulsivamente. Una modelo influencer, –ahora lamento no haber prestado suficiente atención a su nombre– ha dicho en YouTube a sus seguidores: «lo que más me preocupa es mi cuerpo». Traduzco: mi cuerpo es mi dios. En verano se exhiben los tatuajes como construcción de la identidad corporal y del itinerario biográfico. Nuestro cuerpo es un dios que ha de ser servido y adorado.

Este auténtico culto al cuerpo se aleja de la comprensión cristiana. La fe en la encarnación siempre ha valorado el cuerpo, creado por Dios, como algo bueno. El docetismo y el encratismo, herejías de los siglos I-II, fueron rechazadas por la Iglesia. El docetismo sostenía que la encarnación

había sido aparente, pues Dios no podría habitar en la carne. El encratismo, de *enkrátēia*: continencia, en esa línea de desprecio de lo corporal, aunque más complejo de delimitar su perfil, propuso severos ayunos, la abstinencia de carne como algo pecaminoso, el desprecio y la minusvaloración del matrimonio, la celebración eucarística sin vino.

Sin embargo, la fe también ha entendido que el cuerpo, sanamente cuidado, está al servicio de bienes mayores: del Señor y de sus designios. Por eso, durante siglos se aconsejó y se practicó el ayuno y el ascetismo; para no estar regidos por instintos carnales (cf. Rom 8,6-11; 1Pe 2,11). Incluso se escribieron obras en contra del empleo desmesurado de perfumes y afeites, en particular por parte de las mujeres cristianas⁴. San Agustín, respondiendo una consulta, dirá: «El verdadero ornamento, particularmente de los cristianos y de las cristianas, son las buenas costumbres, no el colorete mentiroso, ni siquiera la pompa del oro y de los vestidos»⁵. Los seguidores del crucificado, de alguien con un cuerpo desfigurado por la entrega hasta el extremo⁶ (cf. Is 52,14-15; 53,2-3), no podemos caer en el culto al cuerpo: subordinar la oración o la liturgia al gimnasio, entender los días de retiro como relax corporal más que como alimento espiritual, practicar el sibaritismo con los alimentos. En ciertas exigencias de confort se nos cuele el culto al cuerpo: calefacción, comida, ropa de marca, descanso, cuidado del cuerpo físico. ¿Cuánto de necesario, de superfluo, de concesión a la moda?

Para la fe cristiana somos una unidad cuerpo-espíritu. Cualquier comprensión de la persona que exagera aisladamente una de las dos dimensiones distorsiona la comprensión cristiana. Frente al cultivo del bienestar corporal como fin en sí mismo se ha de dar prioridad a la necesidad del prójimo y a la entrega de la vida al proyecto de Dios: su reino. No recibimos el cuerpo para maltratarlo, desde luego, pero el sentido de la vida

4. Ej. TERTULIANO, *De cultu feminarum* (PL 1,1303-1334). Traducción: *El adorno de las mujeres*, traducción V. Alfaro Bech; E. Rodríguez Marín, UMA, Málaga 2001.

5. AGUSTÍN, *Ep.* 245 (PL 33,1060).

6. Cf. J. RATZINGER, «Herido por la flecha de la belleza. La cruz y la nueva “estética” de la fe» [2002], en ID., *Obras completas VII/2*, BAC, Madrid 2021, 748-755.

no es su mimo y cuidado, sino que nos sostenga en el servicio a Dios y al prójimo: el cuerpo es del Señor (cf. 1Cor 6,13) y para glorificarlo con el cuerpo (cf. 1Cor 6,20).

2.3. *El dios Yo*

El individuo está solo y sobre exigido⁷. Ha de elegir su vida, ha de ser feliz, ha de vivir apasionadamente, ha de realizarse, ha de encontrarse a sí mismo y disfrutar del trabajo, del consumo, del fin de semana, de las relaciones familiares y amicales, del ocio y las aficiones. La vida es una aventura maravillosa. Todo éxito y todo fracaso recaen sobre el individuo, sobre su yo, porque ya no hay criterios objetivos, mediaciones eficaces, vínculos fijos, obligaciones impuestas. Cada uno ha de inventarse a sí mismo para ser la magnífica persona, pletórica de felicidad y desbordante de gozo, que él mismo merece ser. Si no lo logra, si fracasa, ya sea parcial o totalmente, será toda su culpa y solo su culpa. De ahí la omnipresencia de la depresión.

En nuestra sociedad los vínculos sociales son líquidos⁸, débiles o se han desvanecido. La vida se vive como una aventura maravillosa, pero individual, incierta y amenazada. Ante este grave peligro, en lugar de buscar cobijo, refugio, seguridad, amparo, protección, orientación en el grupo, en la comunidad, el individuo se ha quedado aislado, sometido al imperativo de ser auténtico, de ser él mismo, de lograrse hercúlea y heroicamente, sin apenas apoyos sociales.

La configuración individualista del sujeto, centrado en sí mismo, en su yo y en la máxima realización del propio yo, se traduce en una religiosidad también individualista. Su caracterización más difundida es la de creer sin pertenecer⁹. Es decir, la creencia, también la cristiana, la construye el

7. Cf. U. BECK; E. BECK-GERNSHEIM, *La individualización*, Paidós, Barcelona 2003; G. BLAJOIT, *El cambio social*, Siglo XXI, Madrid 2008; B.-C. HAN, *La sociedad del cansancio*, Herder, Barcelona 2010.

8. Z. BAUMAN, *Modernidad líquida*, FCE, Buenos Aires 2013¹⁴.

9. G. DAVIE, *Religion in Britain since 1945: Believing without belonging*, Blackwell, Oxford 1994.

propio sujeto según el criterio de su yo. No acoge la fe eclesial como un todo, ni en su aspecto de pertenencia institucional ni de doctrina normativa o vinculante. Se cree según parece, apetece, encaja con el propio proyecto vital, sin que sea la fe quien determine los criterios para el yo: su proyecto, sus deseos, su logro.

Esta manera de ver, muy difundida entre cristianos no practicantes, pero no solo, rechaza dos aspectos sustanciales de la fe cristiana. Primero, que haya una objetividad en la revelación de Dios. Descarta que el sentido de Dios, del mundo, del hombre no es una construcción propia, sino que solamente se descubre en su auténtica verdad en la medida en que se recibe, se integra y se escudriña la revelación de Dios, que al comunicarse a sí mismo (DV 2 y 4), transmite también la vida verdadera. Segundo, desestima que la Iglesia sea la depositaria, custodia y transmisora de la revelación, la madre que nos engendra a la fe y nos alimenta con la liturgia, la catequesis, la interpretación de la Escritura, la Tradición. En esta perspectiva, la institución eclesial se convierte en un recurso opcional a mi servicio, del que, según circunstancias, tomo lo que me parece a conveniencia según el propio criterio, como la práctica sacramental¹⁰. Lo cual incluye evidentemente que también rechazo olímpicamente lo que no me encaja, no me gusta, no me apetece, no me parece: de la doctrina, de la liturgia, de la moral.

2.4. *El dios subjetividad*

La sed religiosa hoy en día se configura como búsqueda de espiritualidad que genere bienestar emocional¹¹. Este deseo de bienestar, de paz, de serenidad, de encuentro con uno mismo, de sosiego está muy extendido en una sociedad, como la nuestra, que sistémicamente genera estrés, angustia y tiende a abocar a la frustración. En esta búsqueda de bienes-

10. Cf. COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *La reciprocidad entre fe y sacramentos en la economía sacramental*, BAC, Madrid 2020.

11. Cf. Cf. COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo (Sal 42, 3): orientaciones doctrinales sobre la oración cristiana*, Edice, Madrid 2019; G. URÍBARRI, *La mística de Jesús; ID., Jesucristo para jóvenes*, Sal Terrae, Santander 2022⁴.

tar emocional se da un sincretismo entre lo espiritual, lo psicológico, lo terapéutico y la autoayuda. La verdad de la experiencia religiosa o de la vida de oración y meditación se mide, básicamente, por su capacidad de satisfacer esa demanda del yo, no por otros criterios, extraídos de la figura de Jesucristo, de la Escritura o de la Tradición¹². Se propugna incluso la bondad sanadora de la meditación sin religión. El acceso a la espiritualidad posee un fuerte componente salvífico: una ayuda para mi bienestar, pero alejado de la lógica de la comprensión de la salvación cristiana.

Cuando esto se cuele, como sucede a veces, en ámbitos cristianos, el compromiso socio-histórico a favor de todo lo que significa el reino de Dios se desplaza hacia la satisfacción emocional, lejos de un auténtico seguimiento del profeta nazareno, silenciando, rebajando o postergando todo lo que tiene que ver con el servicio a los pobres y con la cruz.

2.5. *El dios ciencia*

El desarrollo científico y técnico alcanzado por las sociedades modernas resulta del todo punto formidable. Junto con la ya larga crisis de Dios¹³ y los complejos fenómenos de secularización o de sacralización de otros campos y esferas de la vida¹⁴ (deporte, nación, cuerpo) se ha desarrollado también una fe tremenda en la ciencia. ¿Quién nos salvará? La ciencia, con su desarrollo imparable será capaz de solucionar los problemas que aquejan a la humanidad.

En una visita al museo de la ciencia en Boston, donde conservan una de las primeras computadoras diseñadas por IBM en los años 30, leí que sus creadores pensaron entonces que con cuatro máquinas como esa se podrían solucionar todos los problemas de la humanidad. A pesar del desmentido tremendo que ha supuesto la pandemia del COVID, esa fe

12. Como contraste, cf. M. SCHLOSSER, *Teología de la oración*, Sígueme, Salamanca 2018.

13. Cf. A. CORDOVILLA, *Crisis de Dios y crisis de fe*, Sal Terrae, Santander 2012.

14. Cf. R. DÍAZ-SALAZAR; S. GINER; F. VELASCO (eds.), *Formas modernas de religión*, Alianza, Madrid 2006; P. BERGER, *Los numerosos altares de la modernidad*, Sígueme, Salamanca 2016.

sigue ahí. Hoy en día, cualquier teléfono móvil lleva instalado un ordenador muchísimo más potente que esa primera computadora, que ocupaba varias habitaciones. La sonrisa bonachona ante tamaña ingenuidad se ha de medir con las pretensiones del transhumanismo. La tecno-ciencia actual nos hará mejores, más perfectos, incluso inmortales, pregonan sus defensores, como punta del iceberg de esa convicción generalizada en las maravillas y bondades de la tecno-ciencia.

No es que en la comunidad cristiana se haya instalado una fe en la ciencia de tal calibre. Sin embargo, sí que está interiorizado en algunos ambientes que la naturaleza, sobre todo, pero también la historia, menos, son lugares donde reinan las leyes implacables de la ciencia, sin dejar agujeros o rendijas para la acción divina, menos aún para un manejo divino caprichoso de las inalterables leyes científicas que rigen y determinan todo el acontecer. De lo que se deduce que Dios ni interviene ni puede intervenir ahí de ninguna manera. La acción de Dios queda reducida, entonces, a la subjetividad del individuo (en pugna con la psicología), a su acción ética, su sentimiento religioso o su motivación.

Si Dios no puede intervenir ni en el mundo ni en la historia, ¿acaso es entonces Dios? Según Ratzinger: «un Dios que no puede actuar no es Dios»¹⁵. ¿Cómo entender los sacramentos desde este punto de vista? Se reducen a acciones de convivialidad comunitaria, de expresión simbólica de creencias, de fortalecimiento de convicciones subjetivas, pero en los que objetivamente no acontecería nada. Sin embargo, el ámbito de actuación del Dios cristiano, como manifiesta la Escritura, no se reduce a la conciencia subjetiva del individuo. Es un Dios vivo, que se involucra en la historia y en el mundo, es Señor de toda la creación.

2.6. *El dios naturaleza*

La crisis ecológica planetaria que atravesamos ha impulsado un cambio de mirada hacia la madre naturaleza. Muchos reconocen su sabiduría, la defensa de sí misma y de la vida frente a las agresiones humanas. Como

15. Cf. J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, Sígueme, Salamanca 2005¹², 31 (en el nuevo prólogo a la edición del año 2000).

exponente cabe citar la hipótesis *Gaia* (Lovelock), que considera que la vida en la tierra en su conjunto, junto con la atmósfera, funciona de modo equivalente a un ser vivo que se autorregula para encontrar las mejores condiciones de vida. Todo esto se combina, de formas abigarradas, con corrientes propias de la Nueva Era, en la que habla de energías cósmicas y psíquicas, que entran en consonancia o en conflicto. De ahí se derivan prácticas de meditación, de alimentación, terapias, consejos prácticos, que mezclan la psicología, la religión, la física y la cosmología para alinearse con la energía positiva y sintonizar con la corriente profunda del ser del cosmos, del que somos parte mínima. Algunas corrientes vegetarianas y veganas vendrían a ser un exponente representativo de este modo de ver.

En esta salsa ecológica resuma un cierto sabor panteísta. Por una parte, la dignidad de la naturaleza, su carácter de gran útero que nos sostiene, exigiría una reverencia con ribetes de divinidad, más allá del imprescindible cuidado responsable. Por otra parte, la salvación residiría en la conexión acertada con el cosmos, con sus energías, apareciendo la fusión con el cosmos como la máxima aspiración, en una cosmovisión que últimamente afirma la no dualidad del ser humano.

Esta comprensión de la no dualidad se cuele a veces en propuestas de oración, espiritualidad y meditación, con apariencia cristiana, muy centradas en la emergencia del yo profundo en su unidad con el universo. En ellas la figura de Jesús de Nazaret, con su historia concreta, y la alteridad de un Dios personal trascendente, que es un Tú al que nos dirigimos en oración y nos interpela, se desdibujan enormemente o desaparecen¹⁶. Desde luego pierden peso estructural definidor. Así, el camino religioso consiste en la unificación con uno mismo, con el yo más profundo, que viene a consistir en descubrir la conexión íntima con el cosmos, con mezcla de psicología cognitiva y elementos de las religiones asiáticas con

16. Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, «*Orationis formas*. Carta sobre algunos aspectos de la meditación cristiana»: *Acta Apostolicae Sedis* 82 (1990), 362-379. Traducción: ID., *Documenta. Documentos publicados desde el Concilio Vaticano II hasta nuestros días*, Palabra, Madrid 2007, § 70, p. 320-332.

tonalidad panteísta. Los efluvios panteístas pertenecen a la misma lógica del planteamiento.

El Dios cristiano es creador. La creación es buena. El cuidado de la creación es una responsabilidad de todos los que habitamos la casa común (*Laudato si'*; *Laudate Deum*). Para la fe cristiana la naturaleza procede de Dios, no es Dios, a pesar de su sacramentalidad relativa. No oculta la huella de su creador (Sab 13,1-9; Rom 1,19-21). Además, Dios no solo nos encomienda el cuidado del jardín (Gen 2,15), sino sobre todo del prójimo (ej. Mt 25,31-46). Por lo que el cuidado del cosmos ha de ir acompañado del cuidado del prójimo menesteroso. La visión cristiana de la ecología es claramente social, como el papa Francisco ha expresado con claridad.

3. Para discernir la herejía de seguir a dioses alternativos al revelado en Jesucristo

Para discernir con lucidez nuestra fe de falsificaciones o deformaciones de la misma (herejías) hemos de estar atentos a estos cuatro elementos:

1. La fe cristiana defiende que Dios se ha revelado en Jesucristo. A esta revelación, entendida como autocomunicación de Dios en Jesucristo mediante el Espíritu (DV 2 y 4), le corresponden unos contenidos objetivos acerca de Dios (uno y trino), del mundo (creado) y de la persona humana (imagen de Cristo).
2. La Iglesia es la primera receptora de la revelación¹⁷: la acoge, conserva, transmite y custodia (DV 7-10). No hay otro acceso al conjunto de la revelación cristiana al margen de la Iglesia. De ahí la imprescindible mediación eclesial para una acertada configuración de la fe, de su tenor, de su dinámica, de sus contenidos verdaderos.
3. Solo el Dios verdadero otorga la salvación verdadera. Los otros dioses son sólo apariencia, ídolos, incapaces de otorgar la plenitud hu-

17. Cf. A. CORDOVILLA, *El ejercicio de la teología*, Sígueme, Salamanca 2019², 83-110.

mana irrestricta que pregonan. Sus promesas son cantos efímeros de sirena, ya sea el sexo, el cuerpo, el yo, la subjetividad, la ciencia o la naturaleza.

4. La inculturación de la fe no puede consistir ni en un pacto ni en una asimilación acrítica de los diversos dioses del panteón politeísta vigente en nuestra sociedad. Estos se cuelan sibilinamente en la comunidad cristiana disfrazados de ciertos elementos evangélicos o cristianos, como el valor de la persona humana, la consolación divina como bienestar personal o el cuidado de la naturaleza. Frente a esta metamorfosis de los ídolos de nuestro tiempo con envoltorio de apariencia cristiana se ha de atender al conjunto de la fe y a la articulación de todos sus elementos, en un equilibrio que impide absolutizar un cierto elemento, por muy fundamental, inocente y bueno que parezca, hasta hacer de él un ídolo al que se preste culto heréticamente.